

IGLESIA SANTA EN LA SAGRADA ESCRITURA

ALEJANDRO DIEZ MACHO

SUMARIO: 1. Concepto de «santo». 2. La Iglesia es santa en cuanto consagrada a Dios por una nueva alianza. 3. La Iglesia es reino sacerdotal, una nación santa. 4. El bautismo, entrada en la Iglesia santa y en la vida divina. 5. La Eucaristía, fuente de santidad en la Iglesia. 6. La santidad de la Iglesia en proceso.

El concepto de «santo» es esencialmente bíblico: se usa constantemente en el A. y N. Testamento; en éste, con los mismos significados que en aquél. Esto obliga a indagar el sentido de «santo» en la vieja Alianza, que utiliza el término *qadoš*, traducido en LXX por *hagios*, en la Vulgata por *sanctus*. En el griego clásico es poco frecuente el uso de *hagios*: se aplica a los lugares de culto; en la época helenística también a los dioses orientales, pero nunca a los hombres¹.

Para hablar, pues, de «santidad» (*qódeš*), o de «santo», hay que empezar por la Biblia, y no contentarse con la noción reduccionista de nuestras lenguas, en las que «santo» equivale frecuentemente a lo que es perfecto, éticamente puro, sin pecado. Lo puro (*tajor*) es un componente de la santidad, pero no el más importante. La Iglesia es santa, no tanto por la ausencia de pecado, cuanto por estar inserta de manera íntima en la esfera del Santo, que es Dios.

Particularmente en el tema de la Iglesia «santa», hay que escudriñar lo qué significa «santo» en el AT, pues esta nota de la Iglesia y otros predicados del campo semántico de la santidad no son más que la actualización en «el Israel de Dios» (Gal 6,16), la Iglesia, de atributos de santidad atribuidos en el AT al pueblo de Israel. Tal actualización se denomina técnicamente «*deraš*».

1. Concepto de «santo»

Etimológicamente *qadoš* parece derivar del grupo bilítero *qd*, que significa «separar». «Santo» es lo «separado», como el latín

1. TWNT, I, 87 s.

sanctus, de *sancire*, separar, separado; como el griego *temenos*, de *temnein*, cortar, separado. Sin embargo hay quien deriva *qadoš* del acadio *qadasu* o *quddusu*, pureza, un concepto más cercano a nuestra idea reduccionista de lo santo.

En la Biblia, contrariamente a ciertas religiones naturistas, la santidad se predica esencialmente de Dios, es algo así como la esencia de Dios²: Dios es el ser totalmente «otro», «separado» de lo que no es Dios, el ser transcendente.

La esfera de Dios es la esfera de la santidad; fuera de ella está la esfera de lo profano, de lo que es *jol*, lo no santo. Entre las dos esferas hay posibilidad de comunicación. Hasta tal punto, que toda la Biblia no es más que el propósito y realización de la autocomunicación de Dios —de la esfera de lo santo a la esfera de lo profano—: en concreto, al ser humano. La cúspide de esta historia es la comunicación personal de Dios en el hombre Jesús, y el comunicar el ser divino a los hombres, haciéndoles hijos de Dios en el Hijo Jesucristo, divinizándolos. Paralelamente, la esfera de lo profano puede ascender a la esfera de la santidad por «consagración», por darle una relación especial con Dios: así, las piedras profanas, formando el templo de Dios, se tornan santas, sagradas; así, el sábado de profano se convirtió en santo, por haberse consagrado al culto de Dios.

En el ámbito de lo profano existe el área de lo pecaminoso. Esta zona, en cuanto pecaminosa, es incomunicable con la esfera de lo santo. Lo demás —por ejemplo, la misma *ktisis* o creación física, según una exégesis fundada— está llamada a una transfiguración, a un ingreso en la esfera de lo divino. Frecuentemente, la apocalíptica judía, y varias veces la apocalíptica cristiana, prometen cielos nuevos y tierra nueva.

En la irrupción de lo santo en lo profano, dato esencial de la revelación bíblica, la Biblia, sin menoscabar el primer atributo de lo santo —ser *mysterium tremendum*—, subraya, sobre todo en el NT, el segundo atributo, *mysterium fascinans*. En el AT, es cierto, frecuentemente se manifiesta la santidad de Dios como *mysterium tremendum*: nadie puede ver a Dios, y continuar viviendo. Las teofanías tienen que empezar con estas palabras: «No temas». En Cadés, Dios «se manifestó santo» (*wa-yitqaddes*) contra los israelitas que se querellaron contra El: con un juego de palabras, el autor señala que «mostrarse santo» conllevó castigarlos. Nadab y Abihu, sacerdotes hijos de Aarón, ofrecieron incienso irregular, y el fuego de Dios los

2. J. LICHT, *qadoš*, *Enc. Miqraït* VII, col. 56.

devoró: Dios «se mostró santo» en estos dos sacerdotes (Lev 10,1-3). Fuego de Dios devoró también a Coré, Datán y Abirón y a 250 personas que pretendieron ofrecer incienso a Yahweh, como si fueran sacerdotes, alegando que toda la comunidad israelita era santa (Num 16,3) y que no solamente lo eran los aarónidas. Dios castigó con lepra al piadoso rey de judá, °Uzzías, por pretender ofrecer incienso en el altar de los perfumes, función que correspondía a los sacerdotes «consagrados para quemarlo» (2 Cron 26,18). Ezequiel profetiza que Yahweh manifestará su santidad y se glorificará en Sidón castigando sus iniquidades (Ez 28,22). Dios se mostrará santo ante las naciones castigando a Gog, símbolo de los enemigos del pueblo de Israel (Ez 38,16.23). El arca de la alianza era lo más santo de Israel. Setenta hombres de Bet Šémeš murieron, por curiosear ante ella, tras haberla trasladado a sus dominios los filisteos. «¿Quién puede permanecer ante Yahweh, exclamaron tras el desastre los betsamitas, este Dios santo?» (1 Sam 6,20). Al trasladar el arca a Jerusalén, murió °Uzza por tocarla, para evitar que cayese. David se asustó y no quiso trasladarla a su casa (2 Sam 6,7-10).

Lo santo, pues, es temible, es peligroso, si uno se acerca como profano, sin las debidas disposiciones. Lo santo es celoso y está a la defensiva de su autonomía, de su distancia, de su separación. Ello es patente en el AT.

En el NT subsiste aún la idea de lo santo como poder de destrucción para el que se acerca a lo santo sin la apropiada disposición: que entre los corintios haya muchos débiles, enfermos y que mueran bastantes, Pablo lo achaca a recibir, en malas disposiciones, la Sagrada Eucaristía, sin discernir el Cuerpo del Señor (1 Cor 11,29-30).

Todo esto muestra que lo santo, sobre todo el Santo, es *mysterium tremendum*; pero, a medida que corre la revelación bíblica, el Santo se manifiesta cada vez más como *mysterium fascinans*, como ámbito de atracción y de salvación: como poder de autocomunicación más que como poder que defiende su autonomía. El profeta Oseas, el más ponderativo del amor de Dios en el AT, ya resalta que Yahweh, por ser el Santo en medio de Israel, por ser Dios y no hombre, perdonará a Efraím, el reino del Norte, y renunciará a castigar sus muchos pecados (Os 11,8-9). Oseas ha descubierto que el Santo es a la vez santidad y amor y que el amor es la esencia de la esencia de Dios, el amor junta lo santo y lo profano, conecta al Dios santo con el Israel pecador como Esposo fiel con esposa infiel. El primer Isaías experimenta aún temblor ante el Dios tres veces santo (Is 6,3), la diástasis o tensión entre el Dios santo y el hombre

impuro (*tame'*), pero el Deuterocanónico, sabe, como Oseas, que el Santo de Israel no es sólo el Santo que fulmina a Israel pecador y salva un resto fiel, sino sobre todo, el creador y redentor de un Israel nuevo (Is 41; 45,11; 41,14; 43,3.14; 47,4), es el *goel*, el pariente que rescata a su pueblo Israel. Por su parte, el Elohista, en la famosa definición de Dios de Ex 34,6-7, destaca de manera patente el amor de Dios sobre la santidad u oposición al pecado: «Dios clemente misericordioso (lit. *rajum*, «que tiene entrañas de madre»), lento a la ira, fidelísimo en el amar (*rab jésed we-emet*), que guarda fidelidad en el amor hasta la milésima generación, que perdona la rebelión, la ofensa y el pecado, pero no lo deja impune, antes visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación» (Ex 34,6-7). Perdona hasta la milésima generación, castiga hasta la tercera y cuarta generación.

La tensión entre el Santo y el hombre pecador se amortigua y se resuelve radicalmente, cuando Dios se encarna en la naturaleza humana; y se revela como Padre de todos los hombres, hasta de los pecadores (parábola del hijo pródigo), cuando Jesús dice que ha venido a llamar no a los justos sino a los pecadores, por los que entrega su vida a la muerte.

2. *La Iglesia es santa en cuanto consagrada a Dios por una nueva alianza*

Hay diversas maneras de afirmar el NT que la Iglesia es santa, es decir, que ha sido introducida por Dios en su propia esfera. Una de ellas es que la Iglesia es el pueblo de la nueva Alianza, es el «Israel de Dios» (Gal 6,16). El concepto de «alianza», aunque mencionado parcamente en el AT, es el hilo conductor de la teología del Viejo Testamento. La Teología de W. Eichrodt se desarrolla en torno a tal concepto³. El AT se llama así porque «testamento» en la Biblia significa «alianza» (*berit*). Dios hizo diversas alianzas, con Noé (alianza noáquica), con Abrahán, Isaac, Jacob, Pinjás, David. Pero la alianza por antonomasia fue la del Sinaí, con todo el pueblo, simbolizada en las doce estelas, levantadas para la ceremonia. Dios se alió con Israel y selló la alianza con sacrificios de holocausto y de comunión. Una vez que el pueblo aceptó las estipulaciones de la Alianza con Dios, Moisés asperjó la sangre del sacrificio sobre el

3. Vid. W. EICHRODT, *Theologie des AT*, Stuttgart 1957-1961.

pueblo (Ex 24,8) —antes había asperjado al altar, asiento de Dios—, con lo que Dios y el pueblo participaron de la misma sangre y se hermanaron como los que tienen la misma sangre.

La alianza primera, o Antiguo Testamento, por diversos motivos no fue perfecta, y por parte de Israel, fue incumplida. El profeta Jeremías (31,31 ss.) profetiza una alianza nueva. También en Qumrán, particularmente en el Documento de Damasco, se espera una nueva Alianza. Esta la constituye Dios por mediación de Jesús con los apóstoles, ya en germen, en la última cena, instituyendo la Eucaristía: «Esta es mi sangre de la Alianza, la derramada por muchos» (Mc 14,24); en la formulación de Lucas (22,20): «Este cáliz es la nueva Alianza en mi sangre, la derramada por vosotros».

La nueva Alianza, el Nuevo Testamento, queda sellada nada menos que con la sangre de Cristo, entregada en sacrificio expiatorio, «para el perdón de los pecados» (Mat 27,28).

La nueva Alianza es «mejor alianza» que la antigua (Heb 8,6), tiene «promesas mejores» (Heb 8,6). «Si la primera hubiera sido irreprochable no habría dejado lugar para una segunda» (Heb 8,7). «Al decir nueva, dejó anticuada la primera, y lo que se vuelve anticuado y envejece está próximo a desaparecer» (Heb 8,13). Pablo también exalta la nueva Alianza sobre la antigua: la alianza cristiana no es «alianza según la letra, sino según el espíritu» (2 Cor 3,6); no es, pues, una alianza vinculada al cumplimiento de la Ley de Moisés, como la antigua; no es la alianza de la esclava Agar, sino alianza de la mujer libre, Sara; alianza de libertad; no alianza del Sinaí, sino alianza del monte Sión (Gal 4,24).

Esta nueva Alianza se realiza con el nuevo Israel, representado por la «eklesia» *in nuce* que son los apóstoles, e incluye al resto fiel del viejo Israel y a todos los que por la fe son hijos de Abrahán, aunque procedan de la gentilidad. Es alianza eterna, que se renueva en cada Eucaristía («Haced esto en memoria mía»); es, como las alianzas del AT, *berit ʿolam*, alianza eterna. A este propósito, conviene recordar que las diversas alianzas de Dios en el AT subrayan su duración eterna: la alianza primera, con Noé, que en realidad fue alianza de Dios con todas las naciones, es alianza eterna (Gen 9,16; Is 24,5); la alianza de Abrahán, en quien serán bendecidas todas las naciones, es alianza perpetua (Gen 17,7.19). Así, las demás alianzas: con Jacob (Sal 105,10; 1 Cr 16,17), con Israel (Is 61,8; Jer 32,40; 50,5; Ez 16,60; 37,26), con David y sus descendientes (2 Sam 23,5; Is 55,3), etc. A pesar de que la historia de Israel es un continuo quebranto de la alianza por parte de Israel,

Yahweh, una vez arrepentido Israel, se mantiene fiel a la alianza, porque Dios es fidelísimo en el amor, tiene *jésed we-emet* en superlativo (Ex 34,6), porque su *jésed* o fidelidad en amar es eterno (*ki lě-olam jasdó*, Sal 136). La razón de la perpetuidad de la alianza es la fidelidad de Dios, no la fidelidad de Israel: «En un arrebato de cólera, te he escondido un momento mi rostro, pero tengo compasión de ti con fidelidad (*jésed*) eterna, dice Yahweh, tu Redentor... Aunque las montañas se retiren y las colinas vacilen, mi misericordia no se retirará de ti, y mi alianza de paz no vacilará, dice el Señor que te quiere» (Is 54,8.10) ⁴.

La perpetuidad de la alianza con Israel, prometida en las profecías, se cumple substituyendo la antigua Alianza por una Alianza nueva, en la que participa el resto de Israel y se incluyen los gentiles, éstos injertados en la vieja raíz israelita. Este es el misterio de Israel: «que el endurecimiento ha venido a una parte de Israel hasta que entre la plenitud de las naciones (paganas)» (Rom 11,25). Y así todo Israel (todo el pueblo en conjunto, no todos los israelitas en particular) será salvo, según está escrito: «Vendrá de Sión el Libertador para alejar de Jacob (Israel) las impiedades» (Rom 11,26). «Y ésta será mi alianza con ellos cuando perdone sus pecados» (Is 59,20; 27,9) (Rom 11,27).

El misterio de Israel está, pues, en el hecho de que la alianza de Dios con Israel se verifica temporalmente con un resto, pero llegará un tiempo, en que entrará en la nueva Alianza todo el pueblo de Israel. «Los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (Rom 11,29). Por lo mismo, la promesa repetida de una alianza perpetua con Israel se cumple en una alianza superior —la nueva Alianza—, de momento con un resto de Israel, y finalmente con todo el pueblo ⁵. Esa Alianza nueva, superación de la antigua, cumplirá la promesa de alianza eterna con Israel.

3. *La Iglesia es reino sacerdotal, una nación santa*

Lo afirma 1 Pe 2,9, epístola católica, dirigida a las cristiandades de Asia Menor, epístola parecida a una exhortación u homilía bau-

4. Cf. A. JAUBERT, *La notion d'Alliance dans le Judaïsme aux abords de l'ère chrétienne*, París, pp. 57 s.

5. A. DIEZ MACHO, «Actitud de la Iglesia ante los judíos», en Varios, *El diálogo según la mente de Pablo VI*, Comentarios a la *Ecclesiam Suam*, Madrid BAC 1965, pp. 495 s.

tismal⁶. El apóstol recuerda que los cristianos han sido reengendrados por la resurrección de Jesucristo, alusión a su nacimiento por el bautismo, en el que mueren y resucitan con Cristo a nueva vida (1 Pe 1,3); que han sido reengendrados de simiente no corruptible, por la palabra de Dios, que se profesa también en el bautismo (1 Pe 1,24); que deben ser «como niños recién nacidos» (1 Pe 2,2), que apetecen la leche espiritual o auténtica (parece ser la Eucaristía, otorgada inmediatamente después del bautismo); que deben ser santos en toda su conducta, pues el que los ha llamado es Santo, cumpliendo lo escrito: «Sed santos, pues yo soy santo» (Lev 11,44) (1 Pe 1,15). «Vosotros (los cristianos) —continúa el apóstol— (1 Pe 2,9-10) sois 'linaje escogido' (Is 43,20-21), 'sacerdocio real, nación santa' (Ex 19,6), 'pueblo de su patrimonio' (Ex 23,22 LXX), para que proclaméis las grandezas (Is 43,21 LXX) de Aquel que de las tinieblas os llamó a su admirable luz (nueva alusión al bautismo); los que un tiempo 'no erais pueblo', ahora 'sois pueblo de Dios'; los que 'no habíais alcanzado misericordia' ahora 'habéis alcanzado misericordia' (Os 2,44)».

Pedro traslada a los cristianos este collar de perlas que adorna en el AT el cuello de Israel. Analicemos dos atributos de los cristianos, *reino sacerdotal*, *nación santa*, que directamente se refieran a nuestro tema.

Su origen inmediato es la traducción de LXX del hebreo *mem-léket kohanim wgoj qadoš*: «reino de sacerdotes y pueblo santo». El origen de esta fórmula parece haber sido la tradición sacerdotal denominada P (*Priestercodex*), documento sacerdotal, del sacerdocio de Jerusalén, codificado en el siglo VI a.C. Hay quien le atribuye origen norteño, la fuente Elohista (E) o Deuteronomista (D). En cualquier caso, se trata de una nueva formulación de la Alianza de Yahweh e Israel, con la que se quiere urgir la obligación de ser Israel un pueblo santo. La fórmula tradicional de la alianza era la utilizada en tiempo del rey Josías: «Vosotros seréis mi pueblo y Yo seré vuestro Dios» (Jer 7,23; 11,4; 24,7; 30,22; 31,1; 31,33; 32,38). Es la fórmula de Ez 11,20; 14,11; 36,38; 37,23; 37,27. Deut 27,9 y 29,19 y Os 1,9; 2,1-3; 2,25 parecen conocerla⁷.

El Deuteronomista, documento sacerdotal del reino del Norte, introdujo, en la fórmula de la alianza el sintagma, «pueblo santo»

6. M.-E. BOISMARD, «Une liturgie baptismale dans la prima Petri», *Revue Biblique* 63 (1956), pp. 182-208.

7. D. MUÑOZ LEÓN, «Un reino de sacerdotes y una nación santa», *Estudios Bíblicos* 37 (1978), p. 159.

(*am qadoš*) en vez de «pueblo de Dios». Con lo que quedaba más aclarado qué significaba «pueblo de Dios»: significaba «pueblo santo», es decir, consagrado a Dios: «Tú (Israel), eres un pueblo santo (consagrado) para Yahweh, tu Dios; a ti te ha escogido tu Dios, Yahweh, para que seas para El pueblo de su personal propiedad entre todos los pueblos que existen sobre la faz de la tierra» (Deut 7,6). «Pueblo santo para Yahweh» repite Deut 14,2; 26,19; 28,9. Para el Deuteronomista, «pueblo de Dios» o «pueblo de la Alianza» implica ser «pueblo santo».

El Documento sacerdotal del Sur (P) deja de lado la expresión tradicional de la Alianza, «Pueblo de Dios»; deja de lado la fórmula deuteronomista «Pueblo santo», y acuña una nueva formulación, que urge aún más la santidad: «Reino de sacerdotes y nación santa». Sustituyendo «pueblo» por el sintagma, característico de esa tradición sacerdotal del Sur, «Reino y nación», «habría querido insistir en la obligación de santidad en todos los miembros del pueblo de Dios y en la dignidad de su condición de miembros de la Alianza, aludiendo a la vez *discretamente* al sacerdocio de Israel como fuente de santidad dentro del mismo pueblo de Dios. Así Ex 19,6 pone de relieve el carácter religioso-sacral del pueblo de Dios y a la vez, el puesto de los sacerdotes en esa estructura de santidad véterotestamentaria. Al mismo tiempo estaría indicada la misión del pueblo de Dios: ser signo de la presencia divina, del plan salvador de Dios sobre toda la tierra»⁸.

Ex 19,6 no quiere decir que Israel será una nación santa gobernada por sacerdotes, como ocurrió después del Destierro de Babilonia, sino que Israel será pueblo santo que, como pueblo, será todo él sacerdotal, tendrá funciones sacerdotales. Lo que no implica inexistencia o abolición del sacerdocio aarónida: el Tritoisafas (66,21) deja claro que Dios tomará entre los israelitas sacerdotes y levitas (el sacerdocio especial), y que todo el pueblo de Israel serán «sacerdotes de Yahweh». Is 61,5 dice: «Vendrán extranjeros y apacentarán vuestros rebaños, e hijos de extraños serán vuestros labradores y viñadores, pero vosotros seréis llamados (= seréis) sacerdotes de Yahweh, se os llamará ministros de nuestro Dios. La riqueza de las naciones comeréis y con su gloria os adornaréis».

La intención del profeta es manifiesta: la función del pueblo de Israel, en ese futuro escatológico que profetiza, es oficio de sacer-

8. Cf. *ibidem* p. 163.

dotes ante Dios y ante los paganos; las funciones profanas serán el servicio de los paganos.

La función sacerdotal del pueblo santo, Israel, viene resaltada en la traducción que hace la LXX de Ex 19,6: traduce «un sacerdocio (*hieráteuma*) real», en vez de un reino de sacerdotes. Israel no es una corporación política (*politeuma*), sino una corporación sacerdotal (*hieráteuma*).

1 Pe 2,9 recoge la traducción de la LXX: «Vosotros sois un sacerdocio real (*basíleion hieráteuma*) y una nación santa» (*eznos hagion*).

Los Targumim o versiones aramaicas de Ex 19,6 traducen «reino de sacerdotes» por «reyes y sacerdotes», aplicando la regla hermenéutica judía antigua, según la cual las palabras de una frase bíblica tienen el sentido sintáctico que les corresponde por su posición en la oración, y tienen también sentido en solitario, como palabras separadas: «reino de sacerdotes» y «reino (o reyes) y sacerdotes». Neofiti 1 traduce: «Y vosotros seréis para mi Nombre reyes y sacerdotes y un pueblo santo». El Targum Pseudojonatán añade, además, una paráfrasis: «Y vosotros seréis delante de mí reyes ceñidos de corona y sacerdotes que ejercen el culto y pueblo santo».

Hasta aquí la interpretación judía, aplicada al viejo Israel, de Ex 19,6.

El NT aplica Ex 19,6 al nuevo Israel, la Iglesia: En Apoc 1,6 de esta manera, en una doxología a Cristo: «Gloria y poder por los siglos de los siglos al que nos ama, que ha lavado con su sangre nuestros pecados (= nos ha hecho una nación santa), y nos ha hecho reino (*basileían*), sacerdotes (*hiereis*) para su Dios y Padre». Entendemos «lavados de nuestros pecados» como equivalencia de «nación santa» de Ex 19,6; otros lo entienden como liberado por la sangre del Cordero pascual, Jesús, de los pecados, como los israelitas fueron liberados, por la sangre del cordero pascual, de la esclavitud de Egipto, antes de ser constituidos en pueblo de la Alianza o pueblo para Dios en el Sinaí⁹. La versión «nos ha hecho reino, sacerdotes para su Dios y Padre» es por lo menos la aplicación a los cristianos de «reino sacerdotal» de Ex 19,6 interpretado según las versiones arameas.

Apoc 5,10, himno de los 24 ancianos que representan los 24 guardias (*mišmarot*) sacerdotales de Israel, alaba al Cordero: «que fuiste degollado y que con tu sangre compraste para Dios hombres de toda

9. *Ibidem* p. 186.

raza, lengua, pueblo y nación, y has hecho de ellos para nuestro Dios *un reino y sacerdotes* (*basileían kai hieréis*) y reinan sobre toda la tierra»: como en el Exodo, un pueblo liberado por la sangre del Cordero, Jesucristo —un pueblo procedente de toda raza y nación— constituido en reino y sacerdotes para Dios. De nuevo Ex 19,6 traducido, en Apoc 5,10, como en los Targumim: «reino y sacerdotes», lo que se puede entender «reyes y sacerdotes» como en los Targumim, o, por hendiadis, «reino sacerdotal».

Una vez más, el Apocalipsis (Apoc 20,4-6) vuelve a hablar de «sacerdotes de Dios y del Mesías, que *reinarán* con él (el Mesías) mil años». Pero en este pasaje la referencia es a aquellos mártires y confesores que hayan resistido ante los ataques de la bestia, el Anticristo. Estos cristianos han muerto por Cristo; el vidente ve sus almas¹⁰; resucitan, y reinan con el Mesías mil años; los demás muertos no resucitan en los mil años, en la resurrección primera. Estos resucitados «serán sacerdotes de Dios y del Mesías y reinarán con el (Mesías) esos mil años» (Apoc 20,6).

Un paralelo del anterior pasaje del Apocalipsis de Juan se encuentra en el *Apocalipsis de Elías*: Aquellos que «no hayan podido soportar las torturas de este rey (el Anticristo) tomarán oro para escapar por los vados a lugares desiertos. Dormirán (morirán) como quien se adormece. El Señor tomará consigo su espíritu (*pneuma*) y su alma (*psyje*); su carne se tornará piedra, de manera que ninguna bestia salvaje los devorará hasta el último día del gran juicio (*krisis*); se levantarán (resucitarán) y encontrarán un lugar de reposo, pero no estarán en el reino de Cristo como estarán aquellos que hayan soportado (las persecuciones). El Señor dirá: A éstos los colocaré a mi derecha, y darán gracias por los otros; vencerán al hijo de la iniquidad, verán el aniquilamiento del cielo y de la tierra, recibirán los tronos de gloria y las coronas»¹¹ (ApocEl 3,45-50). «En aquel día, continúa el *Apocalipsis de Elías* (3,97-99), viene del cielo el Cristo, rey, con todos los santos; quema la tierra y pasa en ella mil años. Como los pecadores han dominado en ella, creará cielo y tierra nuevos. No habrá en ellos ni diablo ni muerte. Reinará con sus santos que suben y bajan; están con los ángeles en todo tiempo, están con el Cristo durante mil años». Estos santos, que acompañan al Mesías, parecen ser hombres santos, no ángeles a los que frecuen-

10. Apoc 6,9-11 también habla de las «almas» de los mártires.

11. Cf. J.-M. ROSENSTIEHL, *L'Apocalypse d'Elie*, París 1972, pp. 104-106; W. SCHRAGE, *Die Elia-Apocalypse*, en «Jüdische Schriften aus hellenistisch-römischer Zeit», Gütersloh 1980, pp. 261-263.

temente también se denomina «santos» porque en la apocalíptica judía no acompañan ángeles al Mesías¹².

Parece, pues, que Apoc 20,4-6 ha de ser interpretado como un fragmento apocalíptico de corte milenarista: en el milenio —es difícil saber qué entiende Juan por este milenio— los mártires reinarán con el Mesías rey y serán sacerdotes de Dios y del Mesías.

Es probable que Juan entienda por milenio lo que la Apocalíptica judía: un período de tiempo, más o menos largo (400 años en 4 Esd 7,28 ss.), de reino del Mesías en este mundo, reino cuya naturaleza es difícil de precisar¹³.

Fuera de este texto apocalíptico, que parece reducir sacerdocio y realeza a los mártires en un contexto milenarista de ardua explicación, el Apocalipsis de Juan atribuye la realeza y el sacerdocio a todos los cristianos.

1 Pe 2,9 atribuye a todos los cristianos ser «sacerdocio real, nación santa», lo que era Israel según Ex 19,6; 1 Pe 2,5 subraya que los cristianos son «un sacerdocio santo», fórmula hecha con dos palabras de la fórmula anterior («sacerdocio» y «santo»).

Pedro manifiesta un interés por destacar dos atributos de los cristianos: sacerdocio y nación santa.

Sacerdocio: Los cristianos son una *casa espiritual*, es decir, un templo, porque «casa» significa templo; un templo espiritual, no hecho de piedras muertas, sino de los mismos cristianos, piedras vivas, sobre la piedra angular que es Cristo. Pablo dirá que los cristianos son templo de Dios en que habita el Espíritu Santo (1 Cor 3,16; 2 Cor 6,16; Ef 2,21 s.). Los cristianos, continúa Pedro (1 Pe 2,5), son el sacerdocio santo de este templo espiritual y en él ofrecen víctimas espirituales, no víctimas animales como en el templo de Jerusalén, o en los templos paganos; sus víctimas son aceptas a Dios por medio de Jesucristo. Estas víctimas o sacrificios espirituales se refieren al culto litúrgico cristiano: a la oración de alabanza, que es el sacrificio espiritual de los ángeles, y que es el que en Qumrán (1QS 10,6) se denomina «sacrificio de los labios». Es el culto de «proclamar las grandezas de Aquel que de las tinieblas os llamó a su luz admirable» (1 Pe 2,9). Víctima o sacrificio espiritual es también la Eucaristía¹⁴. Víctima o sacrificio espiritual es ofrecerse los cristianos a sí mismos a cumplir la voluntad de Dios: «Os exhorto,

12. Cf. W. SCHRAGE, *ob. cit.*, p. 273.

13. Desde San Jerónimo y San Agustín la Iglesia se ha opuesto a un milenarismo temporal; cf. J. SALGUERO, *La Biblia Comentada*, VII, Madrid 1965, pp. 515-518.

14. D. MUÑOZ LEÓN, *ari. cit.*, p. 177 s.

escribe Pablo (Rom 12,1) a ofrecer vuestros cuerpos (a vosotros mismos, según muchos exegetas) como víctima viva, santa, grata a Dios, vuestro culto espiritual». En el AT Dios había pedido que se le ofreciesen las primicias de los frutos y sacrificios de animales, como signo de la entrega del oferente a Dios. Como frecuentemente los sacrificios quedaban reducidos a ritos vacíos de contenido y de su profundo significado, los profetas insistieron en que Dios no se contentaba con sacrificios externos (Is 50,11-15; Jer 7,21-23; Sal 50, 10-13). No es que rechazase tales sacrificios (cf. Is 56,7; 66,20 ss.; Jer 33,11). Lo que Dios quería era el sacrificio del hombre, su entrega (cf. Os 6,6; Am 5,25; Is 1,16; Miq 6,6-8). Lo que dice el Salmo (Sal 40,7 s.): «No has querido sacrificio ni ofrenda; has abierto mis oídos (para oír, para obedecer), no has buscado holocausto ni sacrificio expiatorio. Entonces dije: He aquí que vengo; en el rollo del Libro está escrito de mí: Me complace hacer tu voluntad, Dios mío; tu Ley está dentro de mis entrañas». Heb 10, 5-9, cantando el texto del Salmo anterior, lo ve realizado en Cristo, que vino al mundo con cuerpo a convertirse en ese sacrificio espiritual, de sí mismo, como quiere el Padre. Ese es el sacrificio espiritual de los cristianos: entregarse en su vida a cumplir la voluntad del Padre¹⁵.

El sacerdocio general de los fieles cristianos no excluye el sacerdocio ministerial ni se confunde con él. Son sacerdocios esencialmente distintos, aunque los dos son participación del sacerdocio de Cristo. El de los cristianos es como el de los israelitas en el AT, distinto del sacerdocio ministerial: los sacerdotes aarónidas tenían la función de servir en la tienda de reunión o en el templo, necesitaban una consagración especial para ejercer el culto, estaban sometidos a requisitos especiales, por ej. en el matrimonio, y debían pertenecer a la tribu de Leví. Requisitos no exigidos para el sacerdocio general de los israelitas. El sacerdocio general del viejo Israel es el sacerdocio predicado de los cristianos. Es grave error, el de la Reforma, atribuir todo sacerdocio a todos los cristianos, y reducir a los sacerdotes ordenados a meros representantes del sacerdocio de los cristianos.

También es error ir al extremo contrario, afirmando que atribuir el sacerdocio a Cristo, a los cristianos y a los sacerdotes ordenados, es ajeno a la mente de Cristo y de la primitiva Iglesia, que tal atribución no sería más que una culturalización introducida en la Iglesia posteriormente: Los judíos conversos habrían hecho a Cristo sacer-

15. Y. M. CONGAR, *Sacerdocio y laicado*, Barcelona 1964, pp. 96-97.

dote (epístola a los Hebreos), y tardíamente se habría hecho sacerdotes a los cristianos y a los ordenados; el NT no llama *hiereis*, «sacerdotes», a éstos. Sí, es un error pensar que Cristo quiso constituir una iglesia de laicos. Cristo mismo instituye la Eucaristía como un sacrificio, y El se entrega como el Siervo de Yahweh que da su vida como sacrificio por la Comunidad, sacrificio que deben renovar los ordenados en memoria de Jesús; la Iglesia, desde el principio, es considerada como el nuevo pueblo de Israel, con los atributos del antiguo Israel, uno de ellos el sacerdocio general, y en cuanto cuerpo de Cristo, participa del sacerdocio de Cristo y concurre a la ofrenda de la Eucaristía. Participa del sacerdocio de Cristo. *Lumen Gentium* (10,2): «El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial jerárquico, aunque su diferencia es esencial, no gradual, sin embargo se ordenan el uno al otro, porque ambos participan, de modo propio, del único sacerdocio de Cristo». Por el sacerdocio común, los fieles participan en el sacrificio eucarístico, que ofrece el sacerdote ordenado en nombre de Cristo, se sacrifican a sí mismos con la práctica de la voluntad de Dios (Rom 12,1-2), ofrecen el sacrificio de alabanza por medio de Jesucristo y practican la beneficencia y el compartir los bienes, que es un sacrificio en el que Dios se agrada (Heb 13,15-16), comparten sus bienes, lo que es «suave fragancia, sacrificio grato, agradable a Dios» (Fil 4,18); practican el amor, imitando al Padre y el sacrificio del Hijo: «Como hijos queridos de Dios, procurad pareceros a El y vivid en mutuo amor, igual que Cristo os amó y se entregó por vosotros, ofreciéndose a Dios como sacrificio, fragante» (Ef 5,1-2). Con esta vida santa dan testimonio de Cristo, no con una misión específica de predicar que recibieron los apóstoles¹⁶.

Explicado el sentido del sacerdocio general de la Iglesia, ¿qué significa, preguntamos, que los cristianos son una «nación santa» (1Pe 2,9)? Esencialmente significa que la Iglesia en conjunto está consagrada a Dios y separada del mundo. El contexto antecedente (1Pe 2,1) y subsiguiente (1Pe 2,11-12) exige que la condición de pueblo santo vaya acompañada de obras de santidad, de «conducta ejemplar

16. AURELIO FERNÁNDEZ, *Sacerdocio común y Sacerdocio ministerial. Un problema teológico*, Burgos 1979, p. 122 resume así las funciones del sacerdocio ministerial y del general de los cristianos: El ministerial: 1) realizar —*conficit*— el sacrificio eucarístico *in persona Christi* y en nombre de todo el pueblo; 2) la formación e instrucción *in nomine Christi* del pueblo sacerdotal; 3) la misión de regirlo en virtud del poder sagrado que posee. El sacerdocio general: 1) los cristianos concurren —*concurrunt*— a la ofrenda de la Eucaristía y en la recepción de los sacramentos; 2) ejercitan el sacerdocio con el testimonio de una vida santa; 3) quedan vinculados a la promesa de ejercer una caridad activa en el mundo.

entre los gentiles, para que, aunque os calumnien como malhechores, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen por ellas a Dios en el día de la visitación» (1Pe 2,12).

Eso significa también la calificación «nación santa» de Ex 19,6 aplicada al viejo Israel: pueblo consagrado a Dios que debe separarse de los paganos, viviendo santamente para Yahweh. Lev 19,2 manda a Israel: «Sed santos como Yo (Yahweh) soy santo». Deben observar el código de la santidad (Lev 19,3), amar al prójimo (Lev 19,18), abstenerse de relaciones sexuales *arayot* entre parientes o, en general, prohibidas; y también las leyes culturales. «Sed santos para mí, porque Yo, Yahweh, soy santo y os he separado de los demás pueblos para que seáis míos» (Lev 20,26; cf Lev 20,7 y 22,32). Fuera del código de la santidad del Levítico, Num 15,40 señala cómo ser santos al pueblo de Israel: «Cumpliréis mis mandamientos todos y (así) seréis santos para vuestro Dios». Separación de los pueblos paganos y cumplir todos los mandamientos: ésta es la santidad de Israel. Lo esencial no es tanto el cumplimiento de los preceptos, cuanto estar consagrado especialmente a Yahweh; es «ser Judá (en el desierto) el santuario de Dios, ser Israel su dominio» (Sal 114,2). «Pueblo santo» está íntimamente ligado con «consagración» a Yahweh: 2 Mac 2,17 traduce «nación santa» de Ex 19,6 por *bagiasmos*, santificación, consagración.

Este concepto de «nación santa» se traslada de Israel¹⁷ a los cristianos: también ellos están consagrados a Dios y deben vivir cumpliendo los preceptos de la Nueva Alianza, que no incluye los preceptos culturales y los de pureza ritual (cf Epist a Hebr) y deben ser pueblo separado del mundo.

Los cristianos son «el pueblo» por antonomasia (Heb 2,17; 13,12), es decir, «el pueblo de Dios» (Heb 4,9; 10,30; Apoc 18,14); el «pueblo escogido» (*laos periousios*) (Tit 2,14); «serán para mí un pueblo» (según Jer 38,33 LXX) (Heb 8,10; Apoc 21,3; Hech 18,10); «un pueblo para su Nombre» (Hech 15,14). Los cristianos son: «los elegidos» (*eklekttoi*) (Rom 8,33; 2Tim 2,10; 1Pe 1,1; 2,4); «los llamados» (*klettoi*) (Rom 1,6; 1Cor 1,24; Jud 1); «los llamados» (*kekleménoi*) (Heb 9,15), «los santos (*hagioi*)» (Rom 8,27;

17. La santidad de Israel es preocupación constante del AT: «Israel era cosa santa (*qodeš*) para el Señor, era primicia de su cosecha; quien osaba comer de ella lo pagaba, la desgracia caía sobre él» (Jer 2,3). Israel «pueblo santo» (Is 62,12; Dan 9,24). Israel «semilla santa» (Is 6,13; 9,2). La constante apelación al juicio por los profetas deriva de su experiencia de Dios como «santo», incompatible con la no-santidad de su pueblo. Cf. J. LICHT, *qadoš*, *Enc. Miqra'it* VII, cols. 52-53.

1Cor 6,2; Heb 6,10); «los llamados santos» (Rom 1,7; 1Cor 1,2); los «santificados» (*hagiasménoi*) (1Cor 1,2; Hech 20,32; 26,18, etcétera)¹⁸.

Los cristianos deben excluirse de los cultos paganos (2Cor 6,14-7,1), de la carne inmolada a los ídolos (Hech 15,20.29; 21,25); de la brujería (*farmakeia*) (Gal 5,20; Apoc 21,8). «Salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor; cosa impura no toquéis y Yo os acogeré» (2 Cor 6,18, citando a Is 52,11). Los cristianos tienen su ciudadanía en el cielo, desde donde aguardamos un Salvador» (Fil 3,20); somos «elegidos extranjeros» (1Pe 1,1), en peregrinación (1Pe 1,17), «forasteros y extranjeros» (1Pe 2,11), un pueblo que peregrina hacia la tierra prometida (Heb 3,7-4-13). Deben «purificarse de toda impureza de cuerpo y de espíritu y hacer perfecta su santidad en el temor de Dios» (2Cor 7,1); tienen que ser santos en toda la conducta, como Dios es santo «no amoldándoos a los apetitos de antes en el tiempo de la ignorancia» (1Pe 1,15s); no deben vivir como los gentiles (Ef 4,17); deben «guardarse inmaculados de este mundo» (Sant 1,27, 2Pe 3,14); deben «guardarse inmaculados de este mundo» (Sant 1,27, 2Pe 3,14); «han sido llamados de las tinieblas a la luz» (1Pe 2,9), y «deben arrojar las obras de las tinieblas y vestir la armadura de la luz» (Rom 13,12s; 1Tes 5,4ss)¹⁹; «no deben acomodarse al mundo presente» (Rom 12,2).

La actitud de los cristianos ante el mundo se expresa en frases estereotipadas: «abstenerse» del mal (1Tes 4,3; 5,22; 1Pe 2,11), «arrojar» las obras malas (Rom 13,12; Col 3,8) «huir» de la corrupción del mundo (2Pe 1,4; 2,20; 1Cor 10,14; 6,18,1; Tim 6,11); ser antes paganos, hundidos en la oscuridad y vicios, estar ahora iluminados por Dios y por El purificados (Rom 6,17s; 7,5s; Gal 4,3ss; 1 Cor 6,9ss; etc.)²⁰. En suma: los cristianos «han de usar el mundo como si no lo usasen» (1Cor 7,2). Y es que todo el mundo está puesto en poder del Maligno (1 Jn 5,19).

4. *El bautismo, entrada en la Iglesia santa y en la vida divina.*

La Iglesia es un pueblo santo. Para ser miembro de ella, es preciso el bautismo. Es el equivalente cristiano de la *mil.lá* o circuncisión

18. R. BULTMANN, *Theology of the New Testament I*, Londres 1952, pp. 98 s.

19. *Ibidem*, pp. 100-102.

20. *Ibidem*, pp. 105-106.

judía que incorporaba al pueblo de Israel. Con el tiempo el judaísmo exigió a los prosélitos la *tēbilá*, el bautismo, y naturalmente siempre exigió la confesión de la fe judía, el monoteísmo. La Iglesia exigió el Bautismo y la confesión del credo cristiano. No nos ha sido dado otro nombre bajo los cielos que nos pueda salvar más que el nombre de Jesús (Hech 4,12), nombre en el que en un principio eran bautizados los que entraban en la Iglesia.

El bautismo produce santidad o consagración a Dios objetiva: la santificación del bautizado: «una actividad objetiva que Dios realiza en el hombre y que lo hace entitativamente santo»²¹.

La radical consagración del hombre a Dios y a Cristo la verifica el bautismo. La fórmula primera de este sacramento fue bautizar «en Cristo» o «en el Nombre de Cristo». «Bautizar en el Nombre de Jesús (Cristo)» (Hech 2,38; 8,16; 8,37; 10,48; 19,5; 1Cor 1,13.15; 6,11) o «en Cristo» (Rom 6,3; Gal 3,27) significa la toma de posesión del bautizado por parte de Cristo. La entrega a Cristo es lo que quería expresar la primitiva *epiklesis* o invocación del Nombre de Jesús sobre el bautizado²².

El bautizado «ha sido sellado» (*efragisámenos*, 2Cor 1,22) por el «sello», que era el Nombre de Cristo. Tal sello significaba ser Cristo el propietario del bautizado.

El bautismo consagra a la Trinidad, al Padre, Hijo y Espíritu Santo. La fórmula última del bautismo fue bautizar *para* (*eis* en griego) el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mat 28,20): «Bautizadlos para consagrárselos al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo», según traduce la Nueva Biblia Española.

El bautismo es un nuevo nacimiento; en él nacemos hijos de Dios Padre: «Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, por su gran misericordia nos ha hecho nacer de nuevo» (1Pe 1,3). «Habéis vuelto a nacer, no de semilla mortal, sino inmortal, por medio de la palabra de Dios (Padre), viva y permanente» (1 Pe 3,23). Tal nuevo nacimiento es obra de las tres divinas personas: «La bondad de Dios (Padre) y su amor por los hombres se hizo visible, y entonces, no por las obras que hubiéremos hecho, sino por su misericordia nos salvó con el baño regenerador y renovador (bautismo), por el Espíritu Santo (por obra del Espíritu Santo), que Dios (Padre) derramó copiosamente sobre nosotros por medio de nuestro Salvador Jesucristo» (Tit 3,4-6).

21. H. GROSS, «Santidad», *Conceptos fundamentales de Teología*, IV, Madrid 1967, p. 192.

22. J. BETZ, «Bautismo», *Conceptos fundamentales...*, I, Madrid 1966, p. 190.

Gran don del Padre este renacer bautismal: «Mirad qué magnífico regalo nos ha hecho el Padre: que nos llamemos hijos de Dios y además lo somos» (1Jn 3,1).

También en el judaísmo existió la idea de que el prosélito pagano bautizado para ingresar en el judaísmo, era una nueva criatura: perdía la conexión con la familia natural; esta pérdida de lazos de familia por el bautizado, por la nueva criatura, parece haber sido una causa de porqué existieron en algunas comunidades, como la de Mateo, matrimonios incestuosos de étnicocristianos, matrimonios-*porneia*²³ y de por qué Mateo tiene que introducir las cláusulas exceptivas («si no es por *porneia*») en el dicho de indisolubilidad incondicionada del matrimonio pronunciado por Jesús.

La vida divina nueva que da el bautismo, la santidad entitativa, va acompañada de la purificación de los pecados (2Pe 1,9). «Levántate, dijo Ananías a Pablo, bautízate y lava tus pecados, invocando su Nombre» (Hech 22,16). «Vosotros fuisteis lavados (en el bautismo), fuisteis santificados, fuisteis hechos justos en el Nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios» (1Cor 6,11). «Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para hacerla santa, purificándola con el baño del agua (bautismo) por la palabra, a fin de hacer parecer ante sí gloriosa a la Iglesia, sin mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa e inmaculada (Ef 5,25-27).

El bautismo libera de los pecados y, además, del poder del demonio, pues el Nombre de Jesús pronunciado en el Bautismo es gran remedio contra el poder del Maligno (1Cor 5,3-5; Hech 16,18; 19, 13-17).

Toda esta santidad objetiva que produce el bautismo, exige del bautizado una vida santa, sin pecado: «Quien ha nacido de Dios no comete pecado porque lleva dentro la semilla de Dios» (1Jn 3,9; cf. 1Jn 5,18).

El bautismo que nos une al Padre como hijos, nos vincula a Cristo nos hace miembros de su cuerpo que es la Iglesia. Ya hemos recordado la fórmula bautismal primitiva: bautismo «en el nombre de Jesús» (1Cor 1,13.15), «en Cristo Jesús» (Rom 6,3; Gal 3,27), «en el cuerpo de Cristo» (1Cor 12,13), «en la muerte de Cristo» (Rom 6,3). El bautismo primitivamente administrado por inmersión²⁴, era como sepultar al hombre viejo en una tumba de agua, de la que el

23. A. Díez MACHO, *La indisolubilidad del matrimonio y el divorcio en la Biblia*, Madrid 1978, p. 249.

24. *Didaje* 7,1-3, admite excepcionalmente el bautismo por infusión.

bautizado surgía resucitado como hombre nuevo incorporado al cuerpo de Cristo: «¿Habéis olvidado que a todos nosotros, al bautizarnos, vinculándonos ((para vincularnos) a Cristo Jesús, nos bautizaron vinculándonos a su muerte? Luego aquella inmersión que nos vinculaba a su muerte, nos sepultó con él, para que así como Cristo fue resucitado de la muerte por el poder del Padre, también nosotros empozáramos una vida nueva. Además, si hemos quedado incorporados (injertados) a él por una muerte semejante a la suya, ciertamente también lo estaremos por una resurrección semejante» (Rom 6,3-5). «Tener por muertos al pecado y vivos para Dios (Padre) mediante Jesucristo» (Rom 3,11).

Nuestra incorporación a Cristo, efecto de la fe y del bautismo, es un tema recurrente, obsesivo, de Pablo, que expresa con prefijos y preposiciones: la preposición *syn* («con») seguida de «Cristo» de «Cristo el Señor», de «él», figura 165 veces en los escritos paulinos. «Estar con Cristo» equivale a estar «en Cristo». En Rom 6 se acumulan los compuestos de «con»: «consepultados (Rom 6,4), *complan*tados (injertados vitalmente, c. 5); «concrucificados» (v. 6), «conviviremos» (v. 8). Toda esta incorporación en Cristo es efecto del bautismo ²⁵.

El bautismo une de tal manera a Cristo que los bautizados, aunque de diversas procedencias, son «uno en Cristo»: «Por la fe en Cristo Jesús sois todos hijos de Dios (para uniros a Cristo) fuisteis bautizados, fuisteis revestidos de Cristo. No hay ya judío ni gentil, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni hembra, pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gal 3,26-28).

Toda esta doctrina bíblica de la incorporación bautismal queda recogida en documentos recientes de la Iglesia ²⁶.

El bautismo vincula al Espíritu Santo. El Bautista había anunciado el bautismo en el Espíritu Santo: Juan bautiza con agua, «pero vendrá uno que os bautizará con agua y con el Espíritu Santo y con el fuego» (Luc 3,16; Mat 3,11). Habla de dos bautismos, administrados por el Mesías: el del Espíritu, que es el bautismo de salvación, y el del fuego que es el bautismo del juicio. Los dos, bautismos

25. F. CANTERA-IGLESIAS, *Sagrada Biblia*, Madrid 1975, p. 1284.

26. Decreto *Unitatis redintegratio* 22,1: «Por el sacramento del bautismo el hombre se incorpora realmente a Cristo crucificado y glorioso, y se regenera por el consorcio de la vida divina, según las palabras del Apóstol: «Con él fuisteis sepultados en el bautismo y así mismo, con él fuisteis resucitados por la fe en el poder de Dios que lo resucitó de entre los muertos» (Col 2,12; cf. Rom 6,4); cf. Decreto *Unitatis redintegratio* 3,1; Decreto *Ad gentes* 21,2.

del Mesías: el del fuego lo administrará el Mesías en su segunda venida, en la que Juan, como los demás judíos, no pensaba ²⁷.

El bautismo en el Espíritu Santo (Hech 1,5; 11,16; 19,3) es la efusión del Espíritu Santo prometida para los tiempos mesiánicos por Joel (2,28-32): «Arrepentíos, bautizaos confesando que Jesús es el Cristo, para que se os perdonen los pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hech 2,38).

El Espíritu Santo consagra, justifica, en el bautismo: «Eso erais algunos antes (inmorales, idólatras, adúlteros, invertidos, sodomitas, ladrones, codiciosos, borrachos, difamadores, estafadores), pero ahora os lavasteis (en el bautismo), os consagraron, os justificaron por el Nombre del Señor Jesucristo (pronunciado en el bautismo) y mediante el Espíritu de nuestro Dios» (1Cor 6,11). El bautismo da a beber el Espíritu: «Todos nosotros, judíos, griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo. A todos se nos dio a beber un mismo Espíritu» (1 Cor 12,13). El bautismo es el sello de Jesús y es el sello del Espíritu: (Dios) «nos ha marcado con su sello (*sfragis*, bautismo) y nos dio las arras del Espíritu en nuestros corazones» (2 Cor 1,22); «no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis marcados (en el bautismo) para el día del rescate» (Ef 4,30), con el que «fuisteis sellados» (Ef 1,13). El bautismo es una regeneración, una renovación por el Espíritu Santo: «Dios, nuestro Salvador... nos salvó por el baño de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo, que derramó abundantemente sobre nosotros por Jesucristo, nuestro Salvador» (Tit 3,5-6). El primer sermón de Pedro, el día de Pentecostés, asocia bautismo y don del Espíritu Santo: «Arrepentíos, bautícese cada uno en Nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hech 2,38) ²⁸.

Así como en el bautismo de Jesús bajó el Espíritu Santo sobre Jesús y una voz celeste lo proclamó Hijo de Dios, también en el bautismo baja el Espíritu Santo y hace hijo de Dios al bautizado, y mientras el bautizado deja que el Espíritu obre en él (cf Rom 8,14), no está en «la carne» sino «en el Espíritu (Rom 8,9); en él, la carne y las pasiones egoístas, que debe mortificar sin tregua (Rom 8,13),

27. J. SCHMID, *El evangelio según San Mateo*, Barcelona 1967, pp. 88 s.

28. Decreto *Ad Gentes* 11,1: «Todos los fieles cristianos, donde quiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de la palabra el hombre nuevo de que se revistieron por el bautismo y la virtud del Espíritu Santo». Constitución *Lumen Gentium*: La Iglesia «por la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios».

han dejado de ser el principio de su actividad para ceder el puesto a la persona del Espíritu Santo»²⁹.

El Espíritu Santo garantiza que somos hijos de Dios (Rom 8,16), y nos ayuda a rezar a Dios como «Abba» (Gal 4,16), y es el sello y garantía de la nuestra futura salvación (Ef 1,14). Nos hace vivir como hijos de Dios, como *pneumatikoi*, como «espirituales», y no como hombres «carnales» u ordinarios (1Cor 3,1-4)³⁰. Manifestaciones especiales del Espíritu Santo en la Iglesia y para el bien de la Iglesia son los carismas, que describe Pablo sobre todo en 1 Cor 12 y 14, y en Rom 12.

En suma: el bautismo nos introduce en íntima comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y nos incorpora a la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, haciéndonos miembros de Cristo (cf. Col 1,18; 1Cor 12,13.27; Gal 3,27-28).

Al injertarnos en Cristo como miembros, el bautismo no sólo hace a los cristianos entitativamente santos, sino partícipes del sacerdocio de Cristo. En contexto bautismal, 1 Pe 2,9 afirma que los cristianos son «sacerdocio real»³¹.

5. La Eucaristía, fuente de santidad en la Iglesia

Es el sacramento por antonomasia de la presencia de Dios. En el AT la presencia especial de Yahweh, la *Shekiná*, se manifestaba en el Sancta sanctorum. Una vez al año el sumo sacerdote entraba allí, tras larga preparación, para expiar por sí y por Israel (Heb 9,7). La presencia de Dios, la presencia de Cristo, no sólo dinámica como la presencia de Yahweh en el templo, sino dinámica y real-sustancial la tiene la Iglesia en la Eucaristía. Presencia permanente.

La Eucaristía es la comunión o participación del cuerpo y sangre

29. S. LYONNET, *Libertad y ley nueva en San Pablo*,² Salamanca 1967, p. 7.

30. R. BULTMANN, *ob. cit.*, p. 154, define el *pneuma*: «Dentro de la esfera humana, es lo milagroso, ya en lo que los hombres hacen, ya en lo que en ellos se hace».

31. *Lumen Gentium* (10,1) empalma el sacerdocio de los cristianos con el bautismo: «Los bautizados son consagrados como casta espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unión del Espíritu Santo para que por medio de todas las obras del hombre cristiano, ofrezcan espirituales sacrificios y anuncien las maravillas del que les llamó de las tinieblas a la luz admirable». *Apostolicam Actuositatem* (2,2; cf. 3,1): los seglares participan en «el oficio sacerdotal, profético y real de Cristo»; lo mismo dice *Lumen Gentium* (31,1): Los cristianos «por estar incorporados a Cristo mediante el bautismo» participan en «la función sacerdotal, profética y real de Cristo».

de Cristo: «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la participación (o comunión) en la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la participación (o comunión) en el cuerpo de Cristo?» (1Cor 10,16). La Eucaristía es el pan vivo (Jn 6,48), «es mi carne por la vida del mundo» (6,52); «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día» (6,55). «El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él» (6,58).

Como banquete une y hermana a los que participan en él: une al comulgante con Cristo, con todos los que comulgan y con todo el cuerpo místico de Cristo, con la Iglesia, que según los Padres y la antigua escolástica en cuanto cuerpo místico, está en la Eucaristía acompañando el cuerpo individual de Cristo. «Puesto que el pan es uno, la muchedumbre (de los cristianos) somos un cuerpo, pues todos participamos de un solo pan» (1Cor 10,17).

Como banquete sacrificial, la Eucaristía es el banquete sacrificial de la nueva Alianza: «Esta es mi sangre de la alianza» (Mc 14,24). No hay razón lingüística para reducir las palabras originales de Jesús a «Esta es mi sangre», para eliminar como adición eclesial posterior el genitivo «de la alianza». El argumento lingüístico que se ha alegado —que no cabe en hebreo o arameo una doble determinación (sangre *de mí*, y *de la alianza*)— es una razón sin fundamento: En las lenguas semíticas, en hebreo, en arameo en concreto, se ha demostrado recientemente que el uso lingüístico de la doble determinación, existía. Existía en particular en arameo galilaico, lengua en la que probablemente Jesús pronunció las palabras eucarísticas³².

La Eucaristía constituye y perpetúa la Alianza entre Dios y la Iglesia: «Este cáliz es la nueva Alianza en mi sangre» (1Cor 11,25). Es, además, sacrificio expiatorio de los pecados: «Bebed de él todos, pues esto es mi sangre de la alianza derramada por los muchos para el perdón de los pecados»³³. «Hemos sido santificados mediante la oblación del cuerpo de Jesucristo (en la Cruz) de una vez para siempre» (Heb 10,10). La Eucaristía-sacrificio reproduce esa oblación que santifica.

De todo lo cual se deduce que la Eucaristía, además de ser el sacramento de la presencia e íntima comunión de Dios con el cristiano, y de Cristo con su cuerpo místico, la Iglesia, es manantial de

32. A. Díez MACHO, «Le Targum Palestinien», *Exégèse biblique et Judaïsme*, Strasbourg 1973, pp. 55 s.

33. A. Díez MACHO, «El discurso eucarístico de San Juan», en *Eucaristía y vida cristiana*, IV Semana de Teología Espiritual, Madrid 1979, pp. 85-88.

vida divina y garantía de vida eterna y de resurrección corporal así como ratificación de la nueva Alianza y expiación de los pecados. Todo ello constituye, con el bautismo y los demás sacramentos, el renglón más importante de la santidad de la Iglesia.

6. *La santidad de la Iglesia en proceso*

Dicha santidad ha llegado a su cúspide con la incorporación personal del Verbo en Jesús hombre. Jesús es el «santo» (Mc 1,24; Luc 1,35; 4,34; Jn 6,69; 1Jn 2,20; Apoc 3,7; Hech 3,14; 4,27.30) en su grado más alto. Es santo y «santifica» (*hagiadson*) (Heb 2,11). El resto de los humanos son objeto de una progresiva santificación. Su «naturaleza interior se va renovando de día en día» (2 Cor 4,16); «Vamos siendo cambiados en semejanza del Señor de un grado de gloria a otro» (2Cor 3,18). El propósito de Jesús es extender el cuerpo de Cristo —y por tanto la santidad que dimana de su Cabeza, Cristo, y del Espíritu Santo— a todos los hombres, para que no haya más que un solo rebaño, y para que no haya sarmientos infructuosos que no reciban savia de santidad de la vid que es Cristo. La santidad está, pues, en proceso de crecimiento en cada cristiano como individuo, y en la Iglesia como cuerpo. La santidad en proceso continúa en el más allá, en la Iglesia triunfante. Los ángeles son santos (Mc 3,39; Luc 9,26). En la literatura apocalíptica judía y cristiana (Apoc 10,14) a los ángeles se los denomina «santos» sin más. Los santos que acompañarán a Cristo en la parusía en 1Tes 3,13 pueden ser los hombres santos del cielo, dado que en la apocalíptica judía el mesías no viene acompañado de ángeles, pero el pasaje paralelo de 2Tes 1,7 especifica que los que le acompañarán en la parusía serán ángeles; por lo mismo, parece que el pasaje anterior se refiere a un acompañamiento de ángeles y no de hombres santos. En cambio en Apoc 5,6; 8,3.4; 14,12 se trata ciertamente de hombres «santos». Lo mismo en Apoc 17,6 y 18,24: «santos» de la Iglesia triunfante.

Coincidiendo con la segunda venida del Señor, tendrá lugar la resurrección de los muertos: una vez alcanzada la plenitud del cuerpo de Cristo, el Señor resucitará los miembros de su cuerpo, resurrección que importa su glorificación según el cuerpo resucitado de Cristo. La parusía, con sus efectos, significa la consumación del proceso de santidad y santificación de la Iglesia militante y triunfante.

S U M M A R I U M

DE SANCTITATE ECCLESIAE IN SACRA SCRIPTURA

Auctor cum Ecclesiae sanctitatem considerare cupiat prout e Sacrae Scripturae verbis eruitur, disceptationem incipit a notione «rei sanctae» (*quadoš*) in Veteri Testamento inventa, quae praecipue de Deo praedicatur in quantum omnino «distincto», «seiuuncto», «alio» a mundo. Attamen Sacrae Litterae docent universitatem rerum sacrarum et universitatem rerum prophanarum una alterae communicare, quia, dum Deus sese communicat, res quoque huius mundi per consecrationem ad divina extolluntur.

Deinde quid sit quaeritur fundamentum sanctitatis Ecclesiae, quae sancta est cum a Deo Novo Foederi consecratur. Hoc Foederi consecratur. Hoc Foedus novum auctor ponderat, quod Jesus in Novissima Coena perficit, e quo etiam ortus est Novus Israel, scilicet *eklesia* quae tum iudeos, tamquam reliquias illius veteris Israelis in fide perseverantes, tum gentes, fide novos Abrahae filios, amplectitur. Novi Foederis quoque consecratoria perpenduntur quoad sanctitatem Ecclesiae, quae dicitur «Regnum sacerdotale» et «gens sancta».

Duae expositionis partes de Baptismo et Eucaristia agunt. Per Baptismum non solum in Ecclesia christianus ingreditur sed etiam vitae trinitatis quandam participationem attingit. Eucaristia anterior recte censetur fons esse Ecclesiae sanctitatis quia Novum Foedus firmat atque sacramentum est praesentiae intimaeque communionis Christi cum Corpore suo mystico, quod est Ecclesia.

Sanctitatem Ecclesiae postremo auctor describit tamquam realitatem novissimorum temporum. Cum plene iam apparuit in Verbo Incarnato, quod naturam assumpsit humanam, tamen sanctitas tum in singulis christifidelibus cum in universo corpore Ecclesiae indesinenter crescit, quam ob rem secundus Domini Adventus (*Parusia*) ad consummationem ducet inchoatum opus sanctitatis et sanctificationis tam militantis quam triumphantis Ecclesiae.

S U M M A R Y

HOLY CHURCH IN HOLY SCRIPTURE

The author studies the holiness of the Church from the starting point of data provided by Holy Scripture. In the first place, he analyses the concept of «holy» —quadoš— in the Old Testament. This concept is preached essentially of God as being totally «other», «separated». But in the Bible there appears the possibility of communication between the sphere of that which is holy and the sphere of that which is profane: because God communicates Himself and because the mundane is elevated to the sphere of the divine by means of a consecration.

*The author then considers the fundament of the holiness of the Church. It is holy in that it is consecrated to God by a New Covenant. The New Covenant is analysed; it is brought forth by Jesus in the Last Supper from which the New Israel arises, the *eklesia* which includes Jews —the faithful remnant of ancient Israel— and Gentiles —children of Abraham by the Faith. The author also considers the consequences of the New Covenant with regard to the holiness of the Church: it is a «Kingdom of priests», a «Holy Nation».*

Two sections of this work are dedicated to the study of Baptism and the Eucharist. By Baptism entrance is given into the Holy Church and participation is given in the life of the Trinity. The Eucharist is considered as the source of holiness in the Church:

it is the ratification of the New Covenant, the sacrament of the presence and intimate communion of Christ with His Mystical Body, the Church.

Finally, the author presents the eschatological dimension of the holiness of the Church. Holiness has been fully given in the Incarnate Word who has assumed human nature. But now holiness is in the process of growth within every Christian as an individual, and in the Church as a Body. The Parusia, with its effects, signifies the consummation of the process of sanctity and sanctifying of the Church Militant and Triumphant.